

## ORTEGA Y GASSET

En Madrid, donde había nacido en 1883, acaba de extinguirse la vida de José Ortega y Gasset.

Observador penetrante, filósofo profundo, conferencista brillante, periodista ameno, conversador y escritor de primera línea, dueño de una cultura inmensa y bien asimilada, Ortega era el prototipo del hombre europeo de cultura. Pocos hombres en verdad poseían tan vasta cultura como él, pues casi no había dominio del saber del que no estuviese por lo menos bien informado. Pero por encima de todo, Ortega era un hombre de gran sentido y penetración humana e histórica, un pensador de nuestro tiempo, preocupado por los problemas que acucian a la conciencia actual del hombre occidental; un filósofo, en una palabra, abocado por ver el sentido y alcance de los últimos sucesos humanos, cabalgando sobre la fluidez del tiempo para desentrañar, con la urgencia del momento, la historia con que deviene el hombre. Poseía una sensibilidad extraordinaria para registrar desde su aparición la formación y dirección de las nuevas corrientes de ideas y realizaciones humanas en los diversos órdenes de la cultura y una penetrante inteligencia para llegar hasta la raíz de estos problemas a fin de iluminarlos desde allí en su completa realidad. Por eso, aun tratando de las antiguas civilizaciones, la preocupación del filósofo español se proyectaba siempre sobre los temas de nuestro tiempo. Ortega, en una palabra, es el filósofo de lo humano, del hombre y de lo que a él le afecta y de lo que el hombre hace, pero pensando ante todo en el hombre de hoy.

Afortunado en la visión objetiva de los acontecimientos culturales y concepciones filosóficas en sí mismas y en su movimiento histórico, no lo fue siempre en la misma medida en la solución de los mismos. Esta misma preocupación de Ortega sobre el vasto y complejo panorama de su tiempo, esta vigilante presencia suya de "espectador" de lo inmediato y falta de alejamiento de los hechos, le privó a él, creador del "perspectivismo", de la suficiente perspectiva para saberlos decantar y apreciar en su justo alcance y sobre todo para encontrarles solución cabal. A fuerza de vivir y preocuparse por lo histórico, Ortega no siempre superó el historicismo y, sí bien se propuso superarlo, hay que reconocer que no lo logró del todo. Esta proclividad hacia el historicismo se advierte también en el cambio de posiciones que el autor ha ido adoptando de acuerdo a los vientos que han soplado en filosofía, a lo largo de sus fecundos años de pensador: y ello no sólo en lo tocante a los temas, lo cual era lógico, sino aun en la misma manera de verlos y juzgarlos. Las diferentes corrientes filosóficas de la primera -mitad

de nuestro siglo en Europa están registradas fielmente en las posiciones del filósofo. Así el neokantismo de Cohen, el historicismo de Dilthey y Spengler, el vitalismo irracionalista de Bergson y más aún el de Nietzsche en "El tema de nuestro tiempo". en que a la vez intenta superarlo con su razón vital"- y el existencialismo de Heidegger, los diferentes movimientos políticos, económicos, artísticos y culturales, en general -recuérdese la resonancia de su curso sobre Toynbee-, sin ser aceptados por él, han ido influyendo y han dejado su impronta no sólo en los temas sino en el mismo modo de pensar de Ortega. sin que queramos con ello disminuir en nada y, mucho menos, negar su personal y original modo de enfocarlos. Esta dependencia constante de Ortega sobre los temas y preocupaciones de cada hora, lo lleva a la muerte sin haber dejado la obra orgánica que, sobre algunos puntos por lo menos, en repetidas ocasiones había prometido.

La verdad es que el catedrático de Metafísica de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, que fue Ortega durante varios decenios, no fue por vocación y dedicación un metafísico. sino más bien y en todo caso un filósofo de la cultura y un extraordinario ensayista, amén de periodista y conferencista. En filosofía fue un agudo observador de lo inmediato, muchas veces de lo epidérmico -recuérdense sus observaciones sobre los "usos", como "Las bicicletas en Holanda" etc.-, pero rehuyó casi sistemáticamente abocarse a los problemas últimos, clásicos de la Metafísica, como el problema de la substancia, de la inmortalidad, de Dios, etc.. no' porque no le preocupasen ni se refiriese a ellos como al Pasar: sino porque parecía sentirse como obsesionado y subyugado por lo terreno y temporal.

Por la formación católica de sus primeros años, en un Colegio de los Padres Jesuitas, y por su extraordinaria inteligencia sin duda los problemas definitivos no dejarían de acuciar su alma y quitarle la paz, mientras él, absorbido y entretenido en ver e interpretar lo inmediato del mundo humano, procuraba acallar las voces de aquellas preocupaciones. Y según lo *escribí* hace ya muchos años en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, a propósito del libro de Sánchez Villaseñor sobre su filosofía, no es improbable que Ortega no quisiera abocarse a los temas últimos de la Filosofía, porque le preocupaban demasiado y no quería cortarse la retirada y "cerrarse la puerta para Encontrar la verdadera solución: el reencuentro con el Dios de su inocente infancia. Por de pronto a algún amigo católico de Buenos Aires le hizo observar un día que él era acatólico pero no anticatólico y que observase que nunca escribía nada en contra de la Iglesia. Su alma quemada -por el ansía de la verdad. después de otearla y buscarla sin cesar en sus reflejos fragmentarios humanos, ha traspasado con decisión los umbrales de la

eternidad, después de reconciliarse con su Dios y con su Iglesia, entregándose humildemente en los brazos en cruz de la Verdad.

**Mons. Dr. Octavio N. Derisi**